

que expresa *Spranger* lo que hay de inconsciente, inmanente e instintivo en la entraña de los principios normativos de la economía, la estética, la ciencia, lo social, la política y la religión.

Los sueños han sido siempre cosas de poeta y, por otra parte, sus rasgos esenciales—las condensaciones y desplazamientos, la simbólica—son calcados de los del pensamiento esquizofrénico, según habrá de verse. La gente suele decir que sueña cosas absurdas, sin ilación ni sentido, es decir, cosas alógicas, carentes de orden racional. Pero, aparte de esa irracionalidad que el sueño tiene en sí, él mismo echa sus raíces irracionales en nuestro subconsciente, y constituye, a su vez, verosimilmente, la raíz irracional de muchas de nuestras actividades. Las doctrinas modernas, el psicoanálisis esencialmente, consideran al sueño como la realización enmascarada de nuestros deseos reprimidos, que viven no en el preconscious—que es aquella parte del inconsciente, identificada con el Yo, donde andan pensamientos latentes, elaborados sobre trazas de recuerdos, dispuestos a hacerse conscientes pronto,—sino en el inconsciente auténtico, profundo, sede del Ello, donde la represión se opone a la concienciación de nuestros deseos. Y el contenido del sueño viene determinado por las vivencias del día anterior al sueño precisamente, por la resurrección de viejos motivos olvidados, y, a veces, por excitaciones sensoriales ocurridas mientras se duerme. Así, aquel sueño de *Delboeuf* en que, habiendo visto dos lagartijas moribundas bajo la nieve, les daba calor, las situaba en el res-

